

## El último río

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

No es frecuente el caso de los poetas cultos que escriban en el lenguaje popular, como quien dice el *mester de juglaría* de los primeros días del idioma, acaso por los constantes peligros que entraña para la criatura estética. A pesar de la aparente facilidad la utilización en el verso de locuciones y elementos propios del comercio oral de las gentes iletradas, no alcanza a disputar el fervor general y queda reducida a las manifestaciones esporádicas del folclor estilizado. Distinta es la poética social cuando ella incide con sus arengas sobre el delirio de las multitudes, de lo cual tenemos repetidos y discutibles ejemplos en las letras contemporáneas. Participa de estas direcciones Nelson Estupiñán Bass, proyectado temáticamente hacia su nativa provincia de Esmeraldas, en el litoral ecuatoriano. Ofrece a través de *Timarán y Cuabú* el duelo verbal de dos copleros, pertenecientes a generaciones e ideologías políticas diferentes. Tal batalla concluye, a primera vista, sin la victoria de ninguno de los combatientes. Al margen de la reiterada intención proselitista de este original cuaderno literario, que bien puede considerarse como un extenso poema, debido a la unidad orgánica de su construcción, sin ahondar en la polémica marxista, interesa señalar en su guía utilísima de "provincialismos y voces de poco uso" la coincidencia de palabras de diaria aplicación en la costa del Pacífico colombiano, al mismo tiempo que la incidencia de tradiciones y leyendas que patentizan la realidad de un común acervo popular en dos zonas del continente. Hay que indicar también, como verdaderos aciertos en la tarea de rescate de las mejores fuentes folclóricas, los fragmentos dedicados a *La gualgura* y *El riviél*, prisioneros aún en las mitológicas profundidades de la noche del trópico, a cuyo imperio de fantasmas están incorporados lo mismo que la sombra de los manglares sumergidos.

Ahora Nelson Estupiñán Bass reaparece como novelista y ratifica su lealtad a su geografía y a su gente, con un relato que bien vale el encomio. *El último río*, se sale del cauce de protesta que traspuso las barreras idiomáticas con el *Huasipungo* de Jorge Icaza. Es "una historia de pasión", diagnostica Tinajero Villar. Bajo la piel de la ficción transita la sangre de un grupo humano, que todavía no se encuentra étnicamente. La búsqueda angustiosa se cumple, un poco a la manera de Jorge Manrique, a través de la mujer: "Las mujeres son como los ríos", glosa en el prólogo extenso, que por sí solo constituye una novela breve.

Además de José Antonio Pastrana y Ana Mercedes (el último río), el verdadero protagonista de la novela es el complejo racial: "¡Sí, carajo, quiero hijos blancos!". grita el negro Pastrana. "¿Negro? No, no lo quiero,

no puede ser presidente. Sería una deshonra para el Ecuador tener un presidente negro... ¿Acaso somos africanos?" "Si yo fuera presidente de la república esterilizaría a todos los negros para que no den más animales al país", pontifica Pastrana. "¡Pendejada! ¡Mis gentes son los blancos! ¡Los negros jamás! Ellos nacieron para esclavos, eso serán toda la vida, porque son brutos. ¡Yo soy negro, sí soy negro, pero soy de otra clase! no como ellos", se jacta José Antonio. "¿Crees que he pintado de blanco mi despacho para que te quedes ensuciándolo? Si fueras inteligente, apenas viste el color de la pintura, me habías dicho: señor gobernador, yo no puedo estar aquí, tome mi renuncia. ¿Por qué no lo hiciste? Porque eres un negro, el concho del pueblo. ¡Lárgate!, culminó levantándose energúmeno y arrojándolo fuera de su blanco despacho", increpa a su secretario, Pastrana poseído de feroz negrofobia.

Las citas podrían multiplicarse, cuando se piensa que el gobernador Pastrana, rodeado de su aparato tropical, irrumpe como hermano gemelo del *emperador Jones*, en cuyo retrato empleó Enrique O'Neill los pinceles maestros del escarnio. También la tuerta Eufrasia es descendiente directa de la Celestina. Mas esta genealogía literaria, lejos de ir en desmedro, acrecienta la autenticidad de la obra vivida y padecida por el notable escritor ecuatoriano, cuya prosa fácil alcanza hallazgos sorprendentes: "El ojo del hombre es un espejo vivo. El espejo es como el ojo de un muerto". El paisaje apenas se insinúa. Lo importante es el hombre: "Continuaba la lluvia cayendo incesante. Se encogió en sí mismo, como el caracol, sintiendo en lo profundo de él el flujo y el reflujo de sus meditaciones". Porque los personajes centrales de Estupiñán Bass viven hacia adentro, en la región gris de la abstracción: "Fumaban y bebían. Abad continuaba hablando, pero José Antonio se sentía cada vez más lejos del capitán; paulatinamente su empalagosa conversación fue perdiendo sonoridad, y hubo un momento en que lo vio gesticular, y le pareció un mudo, un anormal, un fenómeno".

La escena de la flagelación de José Antonio es sencillamente impresionante, llena de vigor síquico, escudriña las intimidades del espíritu superior al suplicio. Con el auto de fe del mobiliario blanco de la gobernación, mientras ardía la madera tallada, José Antonio recobra —paradójicamente— la razón obnubilada, y vuelve a colocarse del lado de los suyos, quien fue un buen soldado de Alfaro. Recobra su libertad cuando encadenado, en un barco es conducido a Guayaquil. Desde la claraboya de su camarote contempla un pueblo de pañuelos, que agitan manos negras, en su honor.

Decae la narración, en la segunda parte, con la interpolación innecesaria de los discursos pronunciados en las asambleas, presididas por los delegados presidenciales. Mas en el epílogo se recupera el novelista y se supera en el tratamiento discreto y descripción de la impotencia senil, durante la frustrada luna de miel del septuagenario veterano. Las páginas finales sacuden y convencen. No así la forzada aparición del lechero, que tiene cierto viso de influencia norteamericana. Lunar apenas perceptible en la faz noble de esta novela que, lo mismo que en Esmeraldas, había podido ubicarse en Quibdó, Buenaventura, Guapi, Tumaco o Barbacoas. Su lectura incita a la confraternidad racial y a formular un acto de contrición, en tanto se repite con Mr. Tinker, el alemán sardónico:

"...En América quien no tener inga, tener mandinga".